

del Progreso? ¡Ah! vosotros habeis comprendido que el poder material sin la fuerza moral para sostenerlo no es mas que la prosperidad de los cuerpos suspendida sobre el vacío de las almas. La necesidad de vivir y el instinto de la conservacion, mas fuertes todavía que el entusiasmo del Progreso, os gritan del fondo de vosotros mismos y del fondo de las cosas, que en el día de los grandes peligros nada de lo que os fascina, podria salvaros. La riqueza no os salvaria; el capital no os salvaria; vuestras estadísticas no os salvarian; vuestras exposiciones no os salvarian; en una palabra, vuestro Progreso material no os salvaria; porque nada de lo que él produce es suficiente para garantizaros contra los peligros á que expone; y porque destruyendo con su preponderancia el equilibrio de las fuerzas sociales, él mismo se arma contra vosotros del poder que despliega en medio de vosotros.

Y ved ahí que os he dicho adonde la exageracion del Progreso material conduce á la humanidad: al abatimiento, al endurecimiento, al enflaquecimiento, es decir, á la decadencia. Por lo que, Señores, sin repudiar nada de vuestras legítimas invenciones, sin echar ningun anatema á ese desarrollo material sobre el cual diré todo el pensamiento del cristianismo y todo el deber de los cristianos; permitidme que os diga á voz en grito ántes de concluir: Guardáos bien de exagerar el Progreso; guardáos bien de dar al Progreso inferior el rango de un Progreso superior; guardáos bien de ir tras el Progreso de la materia como si fuera el Progreso del hombre. Sí, guardáos de este error: yo os lo pido por mi amor para con vosotros; este error es de aquellos que convierten las sociedades mas brillantes en Babilonias, condenadas á la ruina por su propia magnificencia; y es de temer que condenase nuestra prosperidad á perecer como Baltasar en medio de su embriaguez y con la copa de oro en la mano.

CONFERENCIA QUINTA.

EL PROGRESO MATERIAL DELANTE DEL CRISTIANISMO.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR,

En mi última Conferencia he procurado determinar cuál es el valor relativo del desarrollo material en el conjunto del Progreso humano, y cuáles son las consecuencias reales de su exageracion.

El desarrollo material tiene un valor en el Progreso humano, porque tiene una funcion; y este valor es relativo al puesto que ocupa en la jerarquía de las facultades humanas y de las fuerzas sociales. Pero la materia no está en el hombre ni en lo alto, ni en el medio, sino en lo bajo; y por consiguiente el Progreso material no puede salir del rango de un Progreso inferior sin romper el equilibrio humano y el equilibrio social. Nuestro siglo falta á esta grande ley de orden, de conservacion y de progreso: tanto por sus aspiraciones mas generales, como por su movimiento mas universal tiende á elevar el Progreso inferior al rango del Progreso superior; y en especial para las multitudes sorprendidas por las maravillas que brillan al exterior, el desarrollo material no es solamente una faz y una faz infima del Progreso, es el Progreso mismo. El hecho contemporáneo contradice al orden de la naturaleza; el movimiento del siglo miente á la ley de las cosas, y exagera, es decir, desarrolla desmedidamente el Progreso material.

Ahora bien, la exageracion del Progreso material produce tres vicios radicales que se oponen á la marcha del Progreso, y abre el camino á la decadencia. Ella produce el decaimiento del pensamiento, el endurecimiento de los corazones, y el enflaquecimiento de las voluntades;

ella suprime lenta, pero infaliblemente, estos tres elementos de toda educacion y de todo verdadero progreso de la humanidad: la elevacion, la expansion y la fuerza. Por consiguiente, so pena de decadencia cierta y aun de infalible ruina, el desarrollo material, por mas que sea él mismo un progreso, debe guardar el rango jerárquico que le ha señalado la Providencia en el desenvolvimiento armonioso de las facultades humanas y de las fuerzas sociales; y este rango, como hemos visto, es el último rango. Señalando al Progreso material este rango inferior que la razon hace adivinar y la naturaleza da á conocer, no le hacemos nosotros ninguna injuria; pues no se ultraja á las cosas, como tampoco se ultraja á las personas, poniéndolas en el puesto que les corresponde. La pretendida igualdad de la naturaleza y del espíritu no es mas que una ilusion grosera que insulta á la naturaleza y á la razon, mucho mas que á la fe; ilusion de niño, que se hace un siglo caduco, y que no duraria ni aun medio siglo sin sumir otra vez en la humillacion de la barbarie la Europa, arrancada al movimiento del verdadero Progreso.

Muy diferente es el pensamiento del cristianismo y la ambicion de los cristianos. El cristianismo, que es por esencia orden y armonía, eleva á su rango todas las superioidades que Dios hace; pero al mismo tiempo mantiene en su lugar las cosas inferiores que, aunque no llamadas á la supremacia, no dejan por esto de tener su funcion real y su valor relativo en el hombre y en la sociedad.

Ved, Señores, por qué, despues de haber determinado la funcion providencial de la materia en la marcha del Progreso humano con la luz del buen sentido y conforme á los datos de la naturaleza, quiero decir hoy cuál es el pensamiento del cristianismo por lo tocante al desarrollo material, y cuál es sobre este particular el deber de los cristianos.

I.

¿Cuál es el verdadero pensamiento del cristianismo por lo que respecta al Progreso material y al desarrollo de la industria? A esta cuestion que presenta por sí misma el movimiento contemporáneo, res-

ponde el cristianismo con aquella afectuosa imparcialidad y tranquila justicia que se eleva inalterable sobre todas las pasiones humanas. Él dice sin desden, pero tambien sin temor, lo que aprueba y lo que condena, lo que admite y lo que rechaza en este desarrollo de la materia que es la pasion de nuestro siglo.

Una grandísima preocupacion reina aqui en las multitudes que ignoran el pensamiento cristiano: preocupacion popular, de que participa junto con el pueblo la generalidad de los sabios, y que los enemigos del cristianismo se esfuerzan en acreditar para mejor denunciarle al siglo como enemigo del Progreso. Así pues se dice: « El cristianismo es la glorificacion del espíritu y la reprobacion de la materia; el cristianismo es la exaltacion del alma y la humillacion del cuerpo; para él, la carne es el pecado, la materia es el mal, y el Progreso material es la condenacion del linaje humano. » Gracias á la tiranía de la preocupacion, el cristianismo viene á ser segun la preocupacion general no sé qué maniqueismo doctrinal y práctico, en el que la materia es anatematizada por el dogma, y el Progreso material reprobado por la moral: y el catolicismo en especial, considerado con razon como la mas alta y mas severa expresion del cristianismo, es denunciado al tribunal del siglo como la oposicion doctrinal y el antagonismo práctico al desarrollo de la industria y al Progreso material. Para establecer mejor esta hostilidad cristiana á las tendencias contemporáneas se hace observar, con una pretension de exactitud y de imparcialidad que no quiero discutir, una preponderancia fuertemente marcada del Progreso material en los pueblos, que separándose del catolicismo, han disminuido en sí mismos, en grados proporcionados á su separacion, la influencia del principio cristiano: de donde se concluye prácticamente, que todo el que quiera sinceramente el Progreso material, debe hacer oposicion al Progreso del cristianismo y especialmente del catolicismo; y reciprocamente, que todo el que es sinceramente cristiano y católico, es enemigo del Progreso material segun la medida de su cristianismo.

¿Es cierto, Señores, que en las sociedades modernas sea el Progreso material, como se supone, en razon inversa de su cristianismo? Las revistas del mundo moderno, las inspecciones europeas son en esta parte de una facilidad maravillosa: la historia se arregla sobre este

punto conforme á las ideas concebidas de antemano, y se pone sin mucho trabajo en el punto de vista de los sistemas construidos con antelación. Sería muy fácil desmentir aquí solemnemente á nuestros adversarios en el terreno de la historia. Pero sea lo que fuere relativamente á la cuestión histórica que no examino, y que cada cual puede resolver con solo mirarla en la superficie, voy á sentar resueltamente la tesis sobre el fondo mismo de las cosas, y digo ante la autoridad que me escucha : No, el cristianismo no es la maldición de la industria; no, el cristianismo no echa el anatema al Progreso material. El cristianismo, que es la verdad y el bien, no puede reprobar lo que, siendo bueno en su naturaleza y verdadero en su principio, puede por sí mismo producir felices resultados. Ahora bien, definid la industria, no por algunos efectos accidentales ó abusos extrínsecos, sino en sí misma, y no encontraréis ningun mal en ella.

¿Qué es la industria? La industria en su noción mas general es la victoria de la inteligencia sobre la materia; es el triunfo de nuestra actividad libre sobre la fatalidad de las leyes de la naturaleza; la industria es el hombre que con su ingenio pone la materia á su servicio, y toma una posesion de dia en dia mas regia de aquel imperio que ha recibido del mismo Dios. « Dios, dice la Escritura, le dió poder sobre todas las cosas terrestres. » *Dedit illi potestatem eorum quæ sunt super terram*¹. Cuando Dios abrió delante de la soberanía humana este grande imperio de la naturaleza, este gran dominio de la tierra, dijo : « Creced y multiplicáos, llenad la tierra y sujetadla; ejerced vuestro « dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre « todos los animales que existen en la tierra. » *Crescite, et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam, et dominamini piscibus maris, et volatilibus cæli, et universis animantibus quæ moventur super terram*². Que era lo mismo que decir á nuestra raza constituida soberana : Id, y haced sentir á los elementos, á la naturaleza, á la creacion entera el cetro soberano del dominio que os doy. Así ya lo veis : el hombre ha recibido de la investidura que Dios le dió, el derecho de dominar la naturaleza material; y la primera página que abre á vuestra vista la historia del cristianismo, os presenta la industria que

1. Eccli., xvii, 3.

2. Gen., i, 28.

nace junto á la cuna del hombre de resultas de una palabra de Dios.

Consagrada la industria en el estado de inocencia como un derecho y como una soberanía del hombre sobre la materia, fué impuesta despues de la caída como un deber y como una ley de la vida humana. Antes de la caída, la naturaleza no oponia á la libertad del hombre sino la fatalidad de sus leyes; pero despues de la caída, le opone el antagonismo de sus rebeldías. El hombre, sublevado y rebelado contra Dios, siente contra sí mismo las sublevaciones de la naturaleza y las rebeliones de la materia. Ese imperio que Dios le dió en la inocencia, fácil y beatífico como todo lo que tocaba al hombre, será preciso que lo defienda á fuerza de trabajo y de dolor. La tierra que le abria su seno liberal, se cubrirá con la maldición de abrojos y espinas. *Spinæ et tribulus germinabit tibi*¹. Tal es la maldición que cae sobre la tierra : *maledicta terra*; el hombre no la sujetará en adelante sino desgarrándose sus propias manos, y no sacará de ella su pan de cada dia sino con la condicion de regarla con sus sudores. *In sudore vultus tui visceris pane*².

Así es como nació la industria humana, y en especial esa industria tan despreciada en nuestros dias, la industria que da el sustento á la humanidad, que abre la tierra con un surco doloroso, y con el trabajo del hombre secunda la fecundidad de la naturaleza. Ese privilegio dado al hombre vino á ser la ley de su vida; y el derecho á la industria se convirtió en obligacion del trabajo. El cristianismo, léjos de poner obstáculo al ejercicio de este derecho y al cumplimiento de este deber, levanta sobre nuestras cabezas la verdadera bandera de la industria; y denunciando la ociosidad como la madre de los vicios, la degradacion del hombre y la ruina de las sociedades, dice al hombre : « Trabaja hoy y trabaja mañana; destruye con tu libertad el despotismo de la materia; sujeta con tu actividad laboriosa las rebeldías de la naturaleza, y extiende de conquista en conquista ese imperio cuyo derecho te viene de una bendición de Dios, y cuyo mandato obligatorio conservas tambien, aun despues del anatema que cayó sobre tu rebelion. »

Tal es, Señores, el derecho, tal es la ley de nuestra humanidad, proclamada é impuesta por el mismo cristianismo. Y si esto es así, pregunto : ¿Cómo puede el cristianismo hacer una oposicion doctrinal

1. Gen., iii, 18.

2. Gen., iii, 19.

y un antagonismo sistemático á la industria, cuando él mismo la proclama como el derecho y la vocacion de la humanidad? Esa oposicion doctrinal es desmentida por la doctrina; y ese antagonismo lo niega y lo rechaza el cristianismo. No, Señores, mil veces no: en el pensamiento del cristianismo, no es la industria el mal que él prohíbe, es el bien que él aprueba. La industria es el trabajo que fecunda la naturaleza, y que con el socorro de Dios multiplica este festin de la creacion al que la Providencia convida todo aquel que tiene hambre: ella atestigua á un mismo tiempo no solo la munificencia de Dios, sino tambien la energía del hombre; ella marca con el sello de nuestra soberanía y las huellas de nuestro dolor esos productos de la naturaleza que la Escritura llama bienes, y que el hombre lega á su posteridad como una bendicion de Dios y un fruto de su trabajo.

Así pues, léjos de nosotros el maniqueismo que maldice la naturaleza, y echa á la materia anatemas que el cristianismo no conoce. Es cierto que el cristianismo no tiene por objeto directo asegurarnos en este mundo el imperio de la materia: pero, léjos de maldecir vuestras conquistas, aplaude vuestros triunfos; y animándoos con Dios á tomar de la tierra una posesion cada dia mas soberana, os dice levantando los ojos al cielo:

« Id; y prosiguiendo la marcha de vuestras conquistas progresivas sobre la materia, haced de cada triunfo un escalon para subir á un triunfo todavía mayor.

« Id; estrechad cada dia el imperio de las leyes fatales con el imperio creciente de vuestra libertad; y con el poder de una industria, dueña cada dia mas en su dominio, ordenad á la naturaleza que sujete la naturaleza.

« Id; y si os es posible, obligad con la energía del trabajo la tierra á que os descubra cada vez mas los misterios de su fecundidad; y las maravillas de la naturaleza multipliquense por los milagros del talento.

« Id; pedid á los elementos que os den alas para volar del uno al otro extremo del mundo; y de la misma manera que un amo visita en una hora el dominio paterno, así tambien vosotros, llevados en alas del fuego y en el soplo del vapor, id á visitar en un dia el imperio de la humanidad.

« Id á traer mas léjos vuestro cetro soberano: vuestro imperio se

extiende todavía mas allá de la tierra: el mar os pertenece tambien: id pues bajo el amparo de Dios, y armados de la fuerza que el mismo os dió, á dominar las olas, y al traves de los abismos obligad los mundos á que se tiendan la mano.

« Id; haced otras naves todavía mas atrevidas: paséese vuestro poder por ese océano del aire; y admiradas las aves del cielo al ver pasar por encima de ellas vuestro ingenio llevado por las fuerzas de la naturaleza, reconozcan el verdadero rey de los aires en la sublimidad de vuestras ascensiones y en la impetuosidad de vuestro vuelo.

« Id; y del mismo modo que el picador doma un corcel brioso, domad tambien vosotros el rayo amenazador, y mandadle que deponga á vuestros pies su cólera inofensiva y su poder respetuoso.

« Id, haced todo esto: yo, el cristianismo, intérprete infalible de las voluntades divinas, no maldigo, no, vuestras conquistas; al contrario, las bendigo: yo sé bien, que segun el plan de la Providencia, estas invenciones del hombre y estas conquistas de la libertad deben servir á la glorificacion de Dios y al triunfo de la verdad.»

Así habla, Señores, el catolicismo, denunciado delante de vosotros como un enemigo de vuestros Progresos. Pero al deciros: « Id, » os dice tambien: « ¡Cuidado! » Cuando os dice: « Yo apruebo, » os dice tambien: « Yo repruebo. » Al mismo tiempo que os dice: « Yo quiero, » dice tambien: « Yo no quiero. » Pero ¿cómo subsisten juntos este sí y este no, este voto y esta censura, esta aprobacion y esta reprobacion? Sin contradiccion ninguna, Señores: el cristianismo quiere la cosa reprobando el abuso. Él os dice:

« Id al Progreso, pero guardáos de la decadencia. Yo apruebo la conquista del hombre sobre la materia; yo repruebo el reinado de la materia sobre el hombre. Yo quiero el Progreso material con su rango y su importancia jerárquica: yo no lo quiero cuando destruye con su exageracion el equilibrio de las cosas. » Tres palabras van á resumiros todo el pensamiento del cristianismo. Él quiere el Progreso material como un medio; él no lo quiere como un fin: él quiere la materia esclava; él no la quiere soberana: él quiere el desarrollo de la materia como una condicion normal de la vida; él no lo quiere como una ambicion suprema de la vida. La posesion de lo increado, como fin; la posesion de lo creado, como medio: delante del hombre y encima

del hombre, Dios poniéndose como fin; debajo del hombre, la creacion material dada al hombre como medio de elevarse á Dios: y en el medio, el hombre mismo llevándose consigo la naturaleza muda á la glorificacion de Dios: hé aquí el orden, tal como lo proclama la predicacion cristiana, y tal como lo defenderá hasta el fin en union con la razon filosófica.

Un dia estaba un hombre preparándose para un gran proyecto: á solas con Dios, cara á cara con la creacion entera, y fija su vista sobre su destino como sobre el polo de toda su vida, escribia en un pequeño libro, que despues se hizo famoso, unas pocas palabras que resumen esta grande filosofia del cristianismo, sobre la representacion que debe tener la materia en el destino del hombre y de la sociedad. Escuchad: « El hombre fué criado para este fin, es decir, para alabar á Dios, respetarle, servirle, y por este medio llegar á la salvacion. « Todos los otros séres difundidos sobre la tierra fueron criados para el hombre mismo; y su destino es ayudarle para obtener el último fin de su creacion. De lo que resulta, que el hombre debe usar ó abstenerse de ellos segun sean medios ú obstáculos respectivamente á su destino. » *Unde sequitur, utendum illis, vel abstinendum, quatenus ad prosecutionem finis vel conferunt, vel obsunt*¹.

Por cierto que estas palabras son bien sencillas: parece que nada puede decirse que sea mas vulgar, y no es á buen seguro un filósofo ávido de fama el que pensara adquirirse con tan poca cosa un dominio sobre las inteligencias. Sin embargo, no hay sobre el destino del hombre y de la creacion, filosofia mas profunda; estas palabras tan sencillas resumen toda la doctrina. Este hombre al escribir estas palabras hacia una cosa mas grande de lo que tal vez él pensaba: él señalaba á la materia su vocacion providencial en la economía de la creacion, y al mismo tiempo su valor jerárquico; y con estas pocas palabras grabadas en el frontispicio de su libro daba á la vez la fórmula de la perfeccion humana y el secreto del orden social.

¿Tal vez quisierais, Señores, saber quién es este hombre que en tan pocas palabras os ha legado una filosofia tan completa del hombre y de la sociedad? Esta vez os viene la leccion de donde ménos la espe-

1. Exerc. spir. S. Ignatii (Fundamentum),

rabais. Vosotros no pediréis por cierto á un hijo, que delante de vosotros cubra con un velo el rostro de su padre: sabed pues que acabais de oir á ¡Ignacio de Loyola!... Si, á Ignacio de Loyola, que abre con estas palabras, grandes al par que sencillas, la carrera viril de sus Ejercicios; filosofia práctica que hace verdaderos sabios, gimnástica espiritual que hace á las almas fuertes; y de la que habeis oido tantos disfraces impíos, que espero me perdonaréis el que os haya dicho aquí su pensamiento fundamental.

La materia sometida al hombre, el hombre sometido á Dios, y la materia con el hombre y por el hombre concurrendo á la glorificacion de Dios, fin supremo de toda creacion divina: hé aquí, Señores, la actitud que Ignacio de Loyola aconseja que tome el hombre delante de la materia puesta en presencia del destino. Dando al hombre, á quien quiere iniciar en la sabiduria práctica, esta actitud regia y sumisa, el santo es á un mismo tiempo el intérprete de la sabiduria humana y el intérprete de la sabiduria cristiana. El cristianismo, espiritualismo el mas puro, el mas austero, y el mas divinamente moderado que se haya enseñado jamas á los hombres, de acuerdo con el buen sentido de los pueblos, os está gritando con toda su doctrina y toda su moral: « O reyes de la creacion, ó soberanos de la materia, reconoced la dignidad que os doy, y al mismo tiempo el deber que os impongo. La materia es una esclava, y por lo tanto no debe hacer mas que obedeceros. Si con el delirio de vuestros pensamientos invertis el orden que Dios ha fundado sobre la sabiduria de sus decretos; si poneis la sirvienta en el puesto de la soberana; si abdicando voluntariamente la dignidad regia que recibisteis de Dios, echais á las orgías de la materia el cetro del espíritu, yo declaro que habeis perdido vuestro rango y vuestra soberanía. Si á fuerza de agrandar entre vosotros la funcion de la materia, llegais á hacerle un dominio que os degrada; en nombre de Dios yo os condeno: y si esto fuera la última expresion de lo que llamais el Progreso material; yo, el cristianismo, fiel á las tradiciones de mi Calvario y á mi enseñanza de diez y ocho siglos, y que soy hoy dia lo mismo que fuí en todos tiempos, os gritaria levantando los ojos al cielo y á la eternidad: Anatema al Progreso material. Yo no acepto en la sociedad la soberanía de la materia, como no acepto tampoco en el hombre la soberanía del cuerpo. Yo soy la san-